ACTUALIDAD DE LUGONES

Escribo estas páginas en los últimos días de 1974, año en que se ha cumplido el centenario de Leopoldo Lugones, que nació en Villa María del Río Seco el 13 de junio de 1974.

Cuando la Argentina empiece a fertilizarse y a reflexionar sin que la palabra se reduzca a mero instrumento, Lugones será leído, estudiado, comprendido y criticado como no lo fue este año de su centenario. Salvo algunos ensayos estrictos y novedosos y una exposición en el teatro Colón organizada por el poeta Enrique Molina (en la más conmovedora soledad se exhibían documentos fotográficos y libros de Lugones), más alguna que otra conferencia ante auditorios reducidos, sobre Lugones hubo silencio, omisión, indiferencia. Este rebelde, este inquietante prosista y poeta, este incansable estudioso que abarcó desde el saber griego hasta las matemáticas de Einstein, este celoso abogado de su pueblo, parece haber muerto de nuevo, en aniversarios que, para varones de su talla, suelen equivaler a la resurrección espiritual y a la renovación crítica con que las nuevas generaciones incorporan, hacen sustancia suya, con su más y su menos, a la obra de los eximios predecesores. No caben lamentos, no, porque tal vez las omisiones que señalo deban recorrerse situando la imposibilidad de enfrentar a Lugones críticamente junto al desafío irracional a todo lo que busque superar en su totalidad a las fuerzas históricas que amarran y ensangrientan a mi país.

Nunca quiso Lugones participar en el juego menor de la literatura. Tuvo conciencia de su dominio casi diabólico de la escritura, de su fuerza intelectual, de sus dones; fue generoso en sus juicios críticos, y desde muy joven adoptó una actitud de señorío que tiene semejanza, en su talante, con la de Unamuno en España. Por eso su gloria fue difícil y agónica. Y por eso no puede ser aislado, aunque se lo quiera, de la conciencia del país ni de su situación concreta en espacio y tiempo. No puede acusarse a Lugones de haber cultivado la belleza impotente que odia al entendimiento, en los términos que Georges Bataille

la analiza en su intensísimo ensayo sobre «Hegel, la muerte y el sacrificio». La figura del artífice de la belleza se une en el caso de Lugones a la del hombre con orgullo y a veces soberbio que rehúsa los honores de una república falsificada y a la del trabajador humilde, esclavo de su oficio, y a la del suicida, que fue otro momento anonadante de su aceptación de la muerte como lucha.

Gloria agónica, repito, la del autor de *La guerra gaucha.* Su palabra incesantemente muere e incesantemente renace. Y nunca más que este año del centenario de su nacimiento ha resultado estremecedoramente verdadero el carácter revolucionario, original, de su escritura y todo lo que precisamente por eso conlleva de angustiante e insorbornable. Los satisfechos y los pusilánimes, hombres de letras o no, sienten el aguijonazo que Lugones clava. Por eso tal vez Lugones salió al encuentro de la muerte, precisamente la que hiela y espanta a tantos «puros», con una serenidad de guerrero valeroso.

Algunos homenajes reticentes, las gélidas monografías de siempre, vacuos elogios y muy pocos ensayos (que precisamente por su excepcionalidad confirman el generalizado vacío) constituyen el saldo negativo del centenario. Y aun cabe lamentar otra comprobación: muchos de los libros polémicos de Leopoldo Lugones, y precisamente aquellos más atados a los problemas políticos y sociales del país, siguen inéditos. Es muy frecuente que a su libro *La grande Argentina* (1930) se lo denomine al revés *(La Argentina grande),* con lo cual al cambiar el epíteto en adjetivo se destruye la concepción misma de la obra, que no plantea una cuestión de tamaño físico, sino de grandeza moral. No se ha reeditado la obra que acabo de aludir ni aun siquiera con el aliciente de un clima de enervadas polémicas, o tal vez porque esas discusiones suelen ser excesivamente maníqueas, simplistas o nominalistas y no hay sitio para una reflexión como la de Lugones. Se anunció una edición de las *Obras completas* por parte de la Editorial Universitaria, pero parece que va a concluir el año sin que una institución que ha gastado tantos millones en libros caducos y sin interés para nadie publique siquiera el primer tomo de esa serie. En términos muy amplios, que no comprende a sectores minoritarios ardientemente y seriamente entregados al análisis de las cuestiones nacionales, al país ficticio se le hace demasiado mortificante la rebeldía de este grande disconforme. Quisieran todos un Lugones mutilado, por lo menos lisiado, no un Lugones entero y erguido. Lugones, en suma, parece repetir este año su muerte propia ante rostros que no alcanzan a ver su sangre ni a entender el sentido sacrificial de su decisión.

Tal vez el *Retrato sin retocar* (1968), de Ezequiel Martínez Estrada, no sea el más cuidado ni el más elocuente de los muchos que se han

trazado de Lugones, pero es el que documenta con más desnudo coraje la falta de solidaridad afectuosa hacia el poeta. No fue el autor de *Odas seculares* un escritor querido. En muchos colegas suyos solía expresarse el incontenible deseo de su muerte. En el homenaje de la revista *Nosotros* (año III, tomo VII, 1938) sorprende leer algunos artículos en que esa aversión se muestra incontrolable.

La Argentina gris, chata, conformista y gozosa de 1938 encontró un extraño equilibrio interno con el suicidio de Leopoldo Lugones. Callaba por fin esa voz egregia y alucinada. Callaba ese varón insobornable. Solamente quedaría la tarea de poner cerrojo a sus libros, de diluirlo en una suerte de procerato vacuo o de adscribirlo canallescamente a una oligarquía sensual que siempre, desde *La guerra gaucha* hasta *El Payador,* desde *Poemas solariegos* hasta *La reforma educacional* —y cito a propósito obras distintas y distantes—, combatió por su desentendimiento con la tierra y el hombre argentino y por su engaño a esa tierra y a sus seres más humildes.

Leopoldo Lugones, como Ricardo Rojas y Joaquín V. González, pertenecía a familias del interior, de antiguo linaje criollo, familias pobres que cultivaban con sencillez las tradiciones solariegas. Lugones también fue hombre de costumbres austeras, sin riqueza, amante fervoroso de las raíces españolas y americanas de nuestra cultura y, por todo esto, enemigo de la oligarquía, caracterizada por su opulencia, su frivolidad y su extranjería política. Acaso porque lo que acabo de exponer muy sumariamente se puntualiza y examina a fondo en todas las obras y ensayos fundamentales de Lugones, después de su suicidio se elogió su inteligencia, se glosaron sus poemas y sus escritos en prosa y aun se erigió su nombre en numen retórico, pero no llegó a extinguirse y suele reanimarse esporádicamente esa oscura voluntad homicida que acosó a Lugones durante su existencia. Precisamente algunos ideólogos sedicentemente críticos de la oligarquía la sirven con mucha consecuencia forjando una distorsionada imagen de Lugones. Esto no es de ahora, por cierto. Al recorrer los periódicos de la época de Lugones para ver cómo se recibían sus obras o se juzgaban algunas actitudes suyas, me sorprendió comprobar con qué frecuencia y con qué superficialidad se deformaba su pensamiento, sobre todo cuando éste se manifiesta sobre problemas nacionales. Algunos de sus proclamados adeptos son los más pertinaces en esta voluntad de sumar a Lugones a su propio error. Se especula sobre fragmentos de fragmentos de sus escritos, se los saca de su situación histórica. No faltan la ridiculización y la injuria póstumas. Se lo escamotea y agravia también, y con más astucia, al erigirlo en una suerte de prestidigitador verbal, de mago retórico, como hace Jorge Luis Borges últimamente, después de

una larga etapa de ataques mezquinos y burlas sin ingenio. De aquí y de allí se busca lo mismo: despojar a su palabra de los significados revolucionarios. Y lo dicho, desde luego, no significa aceptar dogmáticamente todo lo escrito por Lugones ni recomendar como prácticas muchas de sus proposiciones. Lo que sí creo irrefutable es el origen de tan diversas negaciones, que nacen para mí de su genialidad viril, de su energía para estar solo frente a opiniones generalizadas, de su hurañía, de su fiereza para defender lo que creía justo. Golpeada, mordida, la obra de Lugones y su conducta se pueden mirar como parte de lo que tiene de más lúcido y hermoso la Argentina contemporánea.

No pretendo en esta ocasión ni siquiera acercarme al análisis crítico de este escritor al que he dedicado otros trabajos. Mi propósito es entender por qué su muerte sigue viva, por qué suscita una negatividad consciente e inconsciente, por qué se lo abstrae y se propone un Lugones aséptico y escolar incapaz de coincidir con lo que deviene suceso histórico o se hipertrofia su racionalismo manteniéndolo como un extraño muerto literario después de su muerte humana. Cuando se llega a ver claro este diferenciado reduccionismo y se lo coteja con la estremecida belleza de su poesía, con su voluntad de renovación estética, con el barroquismo a veces alucinante de su gallarda prosa, no cabe sino reconocer que Lugones fue la víctima pública de un país y de un Estado que, por razones de necesidad negaban su genio, su gracia, su ejemplo.

Lugones sufrió tremendas desilusiones, y acaso la última, la más desgarradora, fue servir al golpe de 1930. Había soñado con los ejércitos de la *Ilíada,* y con los gauchos pobres y heroicos que peleaban por su tierra en las montoneras de Güemes, y se encontró de pronto con que las fuerzas que él había alentado humillaban al pueblo y entregaban al país. No es así difícil ver trágicamente convocados a la ceremonia de su muerte, llegando desde horizontes muy opuestos en lo superficial y muy coincidentes en sus orígenes, a los asesinos, muchos de ellos tal vez irreconocibles, de Leopoldo Lugones. Fue, en definitiva, el autor de *Lunario sentimental,* el gran condenado por las fuerzas que sustentaron la Argentina que él mismo llamó líricamente «de los ganados y las mieses». Arenilla de oro ajeno, amargas drogas que envanecieron a una tierra que exportaba folklore y frutos baratos e importaba las políticas de otros.

Sería monstruoso separar a Lugones de la historia, y la firmeza de esa separación lo sigue convirtiendo, todavía en 1974, en un gran condenado. Ni en el parlamento, ni en las academias, ni en las universidades se han levantado voces dignas del gran mensaje de este argentino batallador, sacrificado e incomprendido. Su espera será grande o

breve, según sea el destino de su país, inseparable de su escritura como lo fue de su vida y de su muerte. Me parece justo advertir nuevamente que ha habido algunas excepciones, algunas páginas y algunos actos, muy pocos por cierto, cuya excepcionalidad fortalece aún más el hecho público del silencio sobre su centenario. Sufre Lugones así una suerte de veto histórico, de formidable prohibición, de asesinato. ¿O acaso no constituyen actos cualitativamente equiparables al crimen, el silencio sobre su obra, el silencio objetivo que pesa sobre algunos de sus libros, su frívola o «táctica» asimilación a las fuerzas históricas que más combatió y, en fin, la destrucción de todos los puentes que podrían vincularlo más afectivamente con el corazón de su pueblo?

En un texto muy repetido y citado, pero siempre cargado de nuevos sentidos, Hegel alude a esa noche que abisma al espíritu del hombre: «En torno a las representaciones fantasmagóricas está la noche; entonces surgen bruscamente, aquí una cabeza ensangrentada, allá una aparición blanca y ambas bruscamente desaparecen» *(Conferencias,* 1805-1806). Esa noche, que para Hegel era posible de abarcar con sólo mirar a un hombre a los ojos, puede verse en los ojos de Lugones. Algunas fotografías tomadas en épocas cercanas a su muerte descubren su melancolía, su terrible agitación espiritul. Lugones entregaba ya su suerte a la eternidad, no al tiempo. El romántico de los años de la visita de Darío a Buenos Aires era ya un estoico. En una época de subalterna demagogia y de fraude integral, ese hombre no tuvo miedo de estar solo. Marchó, entre trabajos y padecimientos, despojos y vejaciones, contemplando con indiferencia el ascenso de los genuflexos. Se sintió abrumado por el descalabro moral de la República, por el escarnio de las magistraturas, por la falta de consecuencia con tantos ejemplos de heroísmo como los que él exaltó en sus elogios de Sarmiento, de Ameghino o de Hernández. Miraba a la América paupérrima y desangrada de principios del siglo XIX y se dolía, por lo patético del cotejo, al contemplar el desfile suntuoso de los explotadores del país cubiertos de mentira retórica y de desprecio por todo lo egregio. Y es a esa Argentina entenebrecida por la concupiscencia a la que quiso ofrecer el testimonio de su virtud y de su obra. Lo hizo estudiando su historia y sus tradiciones, evocando a sus grandes, analizando críticamente los problemas de su tiempo y proponiendo bases para una política nacional al servicio de su pueblo como voluntad última. No forjó ni pretendió hacerlo, una filosofía universal. Modestamente titula *Filosofícula* (1924) una colección de ensayos. Reconoció la arbitrariedad de algunos de sus sueños patrióticos y es difícil encontrar vanidad en sus recomendaciones de ciudadano acongojado. Tampoco

esbozó un método crítico, pero se acercó sí con clarividencia a la inmediatez histórica y fustigó con coraje y propuso soluciones lúcidas. Supo muy bien que todo eso no le era perdonado y supo también que su palabra no tenía eco entre su gente. Muchos de los violentos contrastes que se suelen señalar en sus escritos acaso se relacionen con esa urgencia, traducida tan sensiblemente en su prosa, de superar una situación histórica que en la realidad forzosamente trascurría en un tiempo diferente al que su espíritu quería y buscaba. La blanca cabeza, la cabeza ensangrentada, reaparecen otra vez, sin que difiera mucho ese patético contraste en Lugones y en Hegel, roído también por la imposible aspiración de enfrentar lo que la temporalidad negaba. También en el caso de Lugones el «yo» excepcional se ofrecía como algo anómalo, del que aceptaba la belleza del sueño poético y se rechazaba la virtud de la conducta real. Por eso Enrique Larreta, en su formidable soneto elegíaco, no dijo sino una verdad muy profunda en su crudeza: «¿Por qué, por qué?, muchos se han preguntado. / Callad y daos con una piedra en el pecho... / El abrevió su pena con su propio despecho... / más no se juntan solos cruz y crucificado / ni fueron forasteras las manos que esto han hecho. / Tú, destructora tierra, tú misma le has matado.»

Quizá todavía no hemos alcanzado los argentinos la escandalosa dimensión del suicidio de Leopoldo Lugones. Resolución en definitiva radicalmente personal y misteriosa, aunque hubiese imaginado, al sacrificarse en la plenitud de su fuerza intelectual, que desde esa nada dilataba la significación de sus escritos y los volvía más actuantes. Estoy muy lejos de pretender una sanción irreverente y prefiero aceptar su muerte como una extraña inmolación en aras de esa Argentina que ya surge espiritualmente en Martín del Barco Centenera, cuando en 1602 expresa el misterio del «argentino Reyno», esa patria que parecemos no poder lograr desde hace tanto y cuya certeza comprobamos, como semilla y fruto, en los libros de Leopoldo Lugones.

Aquel día de febrero en que se suicidó Lugones todo el país padeció una tensión insoportable, una suerte de culpa reconocida, de estremecedora soledad. Alguna vez Lugones pudo ser visto como un vate minoritario, envuelto en una suerte de juego original con la luna o con los pájaros y el mundo. Ahora surgía el hombre de su tiempo, el patriota desesperado que con su muerte volvía más reconocible la mentira de su tiempo. Queda para otro momento el reconstruir, como creo necesario, el ambiente y el momento histórico en el que Lugones decide morir. Por ahora su suicidio parece inabarcable, porque es el sacrificio de un hombre fuerte y voluntarioso, y es Lugones el único escritor que, después de Domingo Faustino Sarmiento, supo mezclar su sangre

y el espíritu de su tierra con su propia escritura. No se lo quiera mirar, pues, como un acusador absurdo ni como el cultor ortodoxo de su propio *Deus absconditus*. Erróneamente o no, Lugones supo por qué se mataba, como supo por qué y para qué había vivido. Y si dio a la patria una dimensión tan absoluta en su interioridad esto no hace sino ensanchar, lo que en algunos casos es una oscura debilidad personal, al grado de un sinceramiento último, ya cara a cara con la muerte, con la tierra que amó y celebró y acabó por enfrentar desgarradoramente.

La escritura de Leopoldo Lugones arraiga en un suelo original, en un estudio detenido y enamorado de las letras españolas y de las literaturas de todas las épocas, emprendido con el fervor, la persistencia y, en algunos casos, hasta con el resentimiento cultural del autodidacta. Muchas veces expresó Lugones sus discrepancias con la cultura de campana neumática, con la erudición aséptica, con los eruditos trepadores, mezquinos en su saber y en su existencia. No fue un académico; su tarea más consecuente fue la de periodista y su máximo rango el de director de la Biblioteca del Maestro, cuyo patrimonio cuidó con celo ejemplar. Buscó intensamente una escritura individualizada y no un producto sin imbricaciones interiores. Su poesía y su prosa, ya reconocidas por su belleza, necesitan todavía un tiempo más dilatado para lo que todavía se sustrae. Gran inventor, escribe cuentos fantásticos de ficción científica antes que el género se legalice y precede al surrealismo con su disparatado juego trascendente. Su imaginación es anticipatoria y su dominio técnico imposible de superar. Aunque leyó y estudió ávidamente, no escribió libros sobre libros, sino sobre hombres y emociones y problemas, abarcados siempre con cierta ansiedad que no se disimula ni aun en momentos casi silogísticos de su prosa.

Prevalecen en sus escritos, tantas veces dedicados a temas científicos y a problemas mundiales, los motivos del país. Su actitud universal, su apasionada defensa de la independencia intelectual (explícitas en sus alegatos a favor de Unamuno y de Einstein cuando padecieron persecución), su interés por los temas abstractos como las matemáticas y su curiosidad y espíritu crítico, no hacen sino confirmar esa terca negación del insularismo que, junto a la espontánea, y casi siempre sencilla expresión de lo criollo, caracterizan a las letras argentinas.

Como sus maestros griegos, Lugones es alumno y maestro a la vez. Cada día nuevo, el vuelo de un pájaro, las ideas renovadoras, un detalle hermoso, lo estremecen y suscitan su admiración. Todo aparece como hallazgo para sus ojos y su oído, como bien se advierte aún en una lectura superficial de sus páginas. Ninguno se atreve a sacar de lo arcaico del barroco la sustancia utilizable y tiene un se-

gundo acierto al elegir a Quevedo como su guía para una búsqueda que, en definitiva, es personalísima. Así escribe sin sumarse a los autores admirados, lo que escandaliza y extravía a los fichólogos.

Supo Lugones improvisar genialmente y contradecirse en estética y en política, todo ello sin quebrar una última y lúcida claridad de fines. Su vocación irrenunciable es la del poeta, pero su deber o lo que percibe como deber, la interpretación del pasado y el análisis objetivo del presente. El subjetivismo y la fantasía deben dejar su sitio al anti-subjetivismo y a la argumentación. Lugones no triunfa del todo en el cambio, pero hoy resultaría muy difícil fijar un límite ineliminable en su obra. No pasarán por las mallas de una crítica severa, como la que Lugones merece, muchas páginas circunstanciales y muchos versos marchitos, pero lo que se salva es formidable y con lo que se salva comienza la literatura argentina de rango más genuino y de valor más universal.

Una frecuentación intensa de Lugones acaba por descubrir, por la severidad de sus rectificaciones, por la ansiosa búsqueda que siempre evidencia, su humildad y aun su timidez, que explican ciertas actitudes suyas interpretadas como expresión de vanidad. Humildad de provinciano, de criollo típico, la suya, tantas veces teñida de melancolía y quebrada otras por violentos arranques. No le tentó nunca, sin embargo, el recurrir a un esquema intelectual o artístico ya hecho e instalarse en él. Ni sus poemas ni sus ensayos son una prolongación repetitiva o una confirmación de la obra ajena, así sea ésta rotundamente admirada. Para andar en su laberinto hay que iluminarse con su propia luz y no buscar la de otros.

Eligió el camino arduo, lo que T. W. Adorno llama, a propósito de Walter Benjamín, la «plena extraterritorialidad». Al acercarnos al crecimiento y a la depuración constantes de su estilo, de sus medios expresivos, sentimos cómo su palabra y su vida se entrelazan armoniosamente. No fue entonces, no pudo ser nunca la muerte de Lugones, un acto de fragilidad espiritual. En el mismo movimiento de su inteligencia y de su sensibilidad que lo llama al hallazgo del país —como entidad humana, como pueblo original, como destino y deber— se desenvuelve la devorante búsqueda de su verdad interior. Búsqueda que emprende por caminos alejados del conocimiento discursivo.

Cualquier aproximación reduccionista o sectaria sólo logrará ofrecer una caricatura de Lugones. Tal vez en esa unidad cambiante y desasosegada radique el fracaso de miradas con microscopio a su escritura, muy fatigantes por cierto, pero que se revelan de una fragilidad suma. No es pertinente y a veces acaba por resultar falso el analizarlo pasando de una expresión poética a otra, de una concepción del

mundo a una nueva. En lo que atañe a lo esencial, esa cronología cerrada y clasificatoria fracasa. Ya en *Las montañas del oro* (1897) está Leopoldo Lugones entero: insurgente, personalísimo, buscando una poesía nueva como quien emprende la reconstrucción del mundo en su fértil totalidad. También es posible reconocer en ese libro al varón de grave tristeza, al creador de empecinada voluntad estética y al espíritu acosado por lúgubres presentimientos. Era muy joven entonces Lugones y, en un país que palpitaba de optimismo, reconocía, mirando a lo profundo, lo que había «de selva y de amargura». La Argentina será desde entonces su tema más genuino y luminoso. Y aunque en definitiva Lugones sobrevive por los valores estéticos que sostienen a su intelección del mundo, si se alude al espíritu de su obra debe atenerse a una creciente desaparición de su persona que de alguna manera justifica esa suerte de hueco emocional en el que se suele insistir al juzgar su obra lírica.

La Argentina lo deslumbró, lo apasionó, lo angustió y se le impuso como centro de toda su escritura. Y esa tierra de su padecimiento y de su muerte es también la de su gloria, una gloria que avanza lentamente, por arduos caminos y que no se condiciona temporalmente. Cuanto más la espere será más pura y encendida. Leyendo y releyendo a Lugones sin una escolar supeditación cronológica, se advierte con más fuerza cómo sus temas se entrecruzan o se borran para reaparecer enriquecidos. El innovador modernista, el precursor afanado en estetizar la lengua concluyó por escribir con una diafanidad ardua, inimitable. Cede finalmente su voz a la voz del pueblo y ya no sabemos, como sucede en el caso de *Martín Fierro* y José Hernández, si son sus criaturas o es él quien habla. Así ascender hasta la épica sencillez, tan de las mejores expresiones de nuestra Lengua, de los *Romances del Río Seco,* allí donde Lugones parece borrarse, es donde nos habla más de sí mismo.

La crítica farisea suele acudir a una parcelación casi quirúrgica de Lugones y lo exhibe luego como muñeco sangrante. Así se tranquilizan y buscan tranquilizar a la pequeña Argentina que Lugones fustigó. Por más ceniza que se arroje sobre su palabra, más viva resurge. Pues no se trata de rematarlo en el mercado de las ideologías ni de mutilar su obra, sino de comprobar esa verdad difícil, esa búsqueda de lo que en el pasado y en el presente la Argentina poseía de verdadero y suyo. Así se entiende que no temiese ser antagónico al poder y a la moda y se sintiese atado únicamente a su país y a su gente y a los valores humanos que exaltó siempre. Buscarán hacerlo esto o lo otro, según lo quiera el oportunismo, pero sus propios escritos se alzarán

como llama para decir lo que Lugones quiso y no lo que le hacen decir los que lo parcializan capciosamente.

Como he puesto en primer plano la obsesión nacional de Lugones, me parece de rigor decir también con insistencia que la suya no era una actitud aldeana y oscurantista. No. En toda su obra poética y en todos sus libros en prosa se evidencia una potente exigencia de totalidad y de universalidad. Lo estético no es para Lugones un disfrute, sino una agonía. Como en muchos escritores de su generación todavía muy incomprendidos, como Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, hay una gran voluntad de belleza y de no caer en una literatura de préstamos y reflejos. La constante apelación al arte griego y el *pathos* vibrante de su escritura buscan refutar una escritura despersonalizada y placentera, agradable para el lado beocio de la Argentina, íntimamente responsable de la tragedia de Lugones. Si Lugones llegó a sentir a su patria como un martirio y a cerrar tantos años de «brega hermosa y dura» con ese *¡Basta!* estremecedor de su muerte, es porque no escribió únicamente por obediencia al don que traía con su sangre, sino por una necesidad urgente de ser fiel a su tierra. Acaso la angustia que, sofocada o explícita, estremece a sus escritos y los aleja de cualquier prédica moralizante, es también la que les infunde esa fuerza y esa belleza que nadie ha superado. Tanto en prosa como en verso, Leopoldo Lugones es el más grande escritor nacido en nuestra tierra.

¿Presintió Lugones que con su muerte cumplía con el movimiento último de una expulsión ritual? ¿Supo de su condena y se apresuró a cumplir la sentencia? No basta con rastrear en los muchos indicios de una obra de arte de su talla. Desde el punto de vista de un artista, siempre pareció suficiente cumplir con severidad y esfuerzo la tarea, pero Lugones sintió que escribir era una suerte de milicia heroica, un compromiso de vida y muerte con la verdad.

Hemos llegado a este final de 1974, a los cien años de su venida al mundo, sin que Leopoldo Lugones pueda sentir el definitivo abrazo de su patria. Mucha sangre y muchas lágrimas riegan nuestro suelo. Su voz convoca a las sombras y a veces pareciera que ni se quiere escucharla. Sus libros —en un país tan generoso con su mala literatura— no se reimprimen. Suele elogiárselo y atacárselo sin conocimiento de sus textos. Quien escribió para reunir a los dispersos a su centenario en una patria tremendamente dividida. Tal vez lo que más importa es que sigue y seguirá convocándonos a la grandeza y a la fraternidad y al rigor que justifiquen nuestro existir. Su palabra persiste y alienta.

Leopoldo Lugones quiso ser y logró ser un héroe de la palabra. Por eso prosigue su andanza a campo abierto luchando con los inabatibles molinos que agita el viento del terror y del odio. Su gloria se ensancha con la terquedad de la esperanza. Y de su palabra, sostenida por la belleza y por el testimonio de su sacrificio, pueden nacer caminos nuevos.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

Libertad, 1274. - Vl. B.
BUENOS AIRES